

Sermón del 3 de noviembre de 2013. Vigésimo cuarto domingo después de Pentecostés
Título: Aprendan a hacer el bien

Texto: Lucas 19:1-10.

Por César Moya

He tenido la oportunidad de compartir el evangelio a mucha gente durante el ministerio. Pero tengo que confesar que hacerlo a quienes tienen riquezas o comodidades no ha sido tan sencillo. Igualmente tengo que confesar que me inclino por creer que Jesús optó por los pobres y débiles de la sociedad, aunque le dio la oportunidad a los ricos de convertirse.

Uno de los casos de alguien con comodidades que recibió el evangelio es el de una familia con comodidades y de cierta tradición en un pueblo donde yo estaba iniciando una nueva iglesia. Este hombre era un profesional quien, a muy poca edad, ya había conseguido muchas cosas en su vida, dentro de ello una hermosa familia.

Cuando esta familia conoció el evangelio tuvo una experiencia mística, de acercamiento a las cosas religiosas. Su vida parecía feliz. Así duraron como tres años de un romanticismo en el evangelio. Invitaban amigos a su casa para compartir la lectura de la Biblia y orar. Sin embargo, lo paradójico es que tenía dos empleadas, menores de edad, que no eran convocadas a las reuniones de oración en la propia casa de sus amos.

Tuvimos la oportunidad de ser invitados a compartir en una de estas reuniones y después de varios meses, esta familia comenzó a tener otras experiencias: las muchachas empleadas se volaron de la casa, los negocios comenzaron a tener pérdidas y los amigos y la familia les retiraron sus afectos. Lo que vimos fue que la salvación había llegado a la casa de esta familia. En otras palabras, tener experiencias, más allá de lo místico, que tenían que ver con las relaciones con otros y la práctica de la justicia y hacer el bien, tenían que ver con la salvación de ellos. Esas experiencias eran la mejor evidencia de su conversión y de su salvación.

Hoy los invito a reflexionar en este tema: la conversión, una invitación a hacer el bien, basado en Lucas 19.1-10.

La experiencia de conversión tiene que ver con escuchar la voz de Jesús. Zaqueo, un rico, jefe de los recaudadores de impuestos, había oído hablar de Jesús. Había escuchado del poder que emanaba de Jesús. Pero aún no lo conocía. Así que cuando supo que Jesús se acercaba, se subió a un árbol sicómoro para verlo mejor. Con lo que no contaba Zaqueo era con lo que le diría Jesús: *date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa.*

Quién, que había cometido tantas injusticias zaqueando al pueblo, robándoles el dinero por medio del cobro de los impuestos para Roma y volviéndose rico a costillas de los pobres, iba a pensar que Jesús le diría que quería estar en su casa! Pero así fue. La Palabra de Jesús para este hombre fue "quiero estar en tu casa, quiero hospedarme en tu casa".

Este hombre, como buen judío, había sido criado en el temor de Dios, había sido educado en la ley de Dios que dice que debe amarse al prójimo como así mismo, había sido criado en la expectativa mesiánica de un rey al estilo de David que los liberara del yugo romano. Sin embargo, este hombre, a pesar de saber todo lo anterior, había traicionado a su patria sirviéndole al imperio, había robado a la gente por medio del cobro de impuestos y se había enriquecido. Aunque era un judío y sabía que su ascendencia era abrahámica, se había extraviado, andaba perdido.

Sin embargo, escuchar la voz de Jesús fue el primer paso de este hombre para comenzar su proceso de conversión. Como dice el apóstol Pablo en Cor ¿Cómo creerán si no hay quien les predique? Y ¿Cómo predicarán si no son enviados? Hermanos y hermanas, el proceso de conversión de las personas empieza con escuchar la Palabra de Dios, el evangelio de Jesús. Veamos el desarrollo de esta conversión en lo que sigue.

La orden de Jesús a este hombre fue: *desciende*. Descender ¿de dónde? Del árbol. ¿De cuál árbol? Del sicómoro. ¿Qué representaba el sicómoro en el evangelio de Lucas? ¿Lo recuerdan? Pues es un símbolo de la estructura religiosa política y social de los judíos, que tenía esclavizado al pueblo. Y, allí, en esa estructura es donde servía Zaqueo. Desde ese sicómoro, desde esa estructura opresora operaba Zaqueo y se enriquecía Zaqueo. Él quería ver a Jesús y no podía verlo en la multitud. Sólo lo pudo ver cuando se subió al árbol.

Hermanos y hermanas, no es posible la conversión, el seguir a Jesús, sin bajarse de las estructuras de poder y optar por la estructura del reino. No es posible experimentar a Jesús en nuestra casa, en nuestra vida, sin bajarnos de los árboles donde nos hemos subido, especialmente esos árboles que representan a estructuras opresoras y aniquiladoras del pueblo. Y la respuesta de Zaqueo fue bajarse de ese árbol. No siguió allí ni un minuto más. Él, de verdad, quería que Jesús entrara en su casa. Por eso no dudo un segundo y se bajó de aquel árbol.

Bajarse de ese árbol tuvo consecuencias concretas en la vida de Zaqueo. El mismo Zaqueo tomó la iniciativa: *la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado*. Zaqueo era consciente que seguir a Jesús tenía que ver con cambio de vida, tenía que ver con restitución, es decir, con devolver lo que había quitado a otros, o mejor, les había robado. Y algo más, Zaqueo fue más allá de la ley al devolver cuatro veces lo que había robado.

Cuando alguien conoce a Cristo debe bajarse de las estructuras de injusticias, de esos árboles de injusticia y hacer nidos en árboles de justicia. Debe comenzar por restituir el daño que ha causado a otros, hasta donde le sea posible. Eso es evidencia de un cielo nueva y una tierra nueva, de nueva creación, de la resurrección.

La salvación a Zaqueo le llega de manera concreta. Jesús rescata a Zaqueo del sistema del mundo, de la misma manera que Moisés rescató al pueblo hebreo de la esclavitud en Egipto. El pueblo de Dios es el que se ha perdido. El pueblo de Dios es el que se está ahogando. El pueblo de Dios que fue llamado a ser de bendición a todas las familias de la tierra, es el que se ha perdido en el camino de seguir a Cristo. El pueblo de Dios lo ha buscado donde no se encuentra. Se ha subido a árboles frondosos, llenos de injusticia, estériles, sin frutos. Se ha subido a árboles de pura apariencia. El pueblo ha perdido la visión del reino de Dios. Se ha quedado ciego y requiere recobrar la vista, requiere que se le salve. Y eso hace Jesús con Zaqueo al invitarlo a bajarse del sicómoro, lo salvó.

Una vez que Zaqueo estuvo dispuesto a restituir, Jesús declaró *“hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham”*.

La salvación, entonces es un evento que tiene repercusiones sociales. En este caso, Zaqueo es salvo del sistema que corrompe, que explota, que se aprovecha de los más débiles. Zaqueo es capaz, ahora, de vivir una vida diferente caracterizada por la práctica de la justicia con su prójimo.

La familia del inicio de esta reflexión comenzó a experimentar la salvación al darse cuenta de la necesidad de prácticas de justicia con las personas cercanas a ellos, sus empleadas, sus empleados de sus negocios y aquellos a quienes debían dinero. Se dieron cuenta que la salvación no debe quedarse en una experiencia mística, religiosa, contemplativa, sino más bien de cambios reales de las estructuras y hábitos de vida que nos esclavizan y esclavizan a otros.

Zaqueo, de igual modo, experimentó la salvación de manera concreta y afirmada en los labios de Jesús una vez que el jefe de los cobradores de impuestos puso en práctica la restitución. No hay conversión sin escuchar la Palabra de Jesús, sin bajarse de las estructuras de poder, sin restituir a quien hemos agraviado. La conversión tiene como consecuencia la salvación.

PARA LA REFLEXIÓN Y LA ACCIÓN

¿Cómo hemos experimentado nuestra conversión y salvación?

¿Qué entendemos por salvación? ¿A qué se refiere Jesús cuando nos dice que Él ha venido a buscar y salvar lo que se había perdido?

¿Quiénes son los perdidos?